

CRÓNICAS FANTÁSTICAS
DE LAS INDIAS

V.V.A.A.

Crónicas fantásticas de las Indias

Edición dirigida por Jesús Paniagua Pérez



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Gonzalo Armero

Primera edición: febrero de 2015

© De la edición y selección de textos: Jesús Paniagua, 2015

© Fundación Biblioteca de Literatura Universal, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-7002-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 22.838-2014

Impreso en España

Biblioteca de Literatura Universal

PATRONATO

PRESIDENTE

Rafael Escuredo

VICEPRESIDENTE

Juan Manuel de Mingo †

SECRETARIO

Gonzalo de Luis Otero

PATRONOS

Fundación Banco Santander

Fundación BBVA

Fundación Ramón Areces

Biblioteca de Literatura Universal

DIRECTOR LITERARIO

Luis Alberto de Cuenca

CONSEJO ASESOR

Carlos Alvar

Carlos García Gual

Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona

Fernando Savater

ÍNDICE

Introducción	11
Los autores y sus obras.	22
I. <i>La historia del viaje que el almirante don Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino a las Indias, cuando descubrió la tierra firme, como lo envió a los reyes desde la isla Española</i>	
Cristóbal Colón.	227
II. <i>Periplo hasta las regiones situadas al sur del Equinoccio escrita por Alejandro Geraldini, obispo de Santo Domingo, en las Indias Occidentales</i>	
Alejandro Geraldini	249
III. <i>Primer viaje alrededor del mundo</i>	
Antonio Pigafetta	381
IV. <i>Descubrimiento de las Siete Ciudades</i>	
Fray Marcos de Niza.	475
V. <i>Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su ventura por el dicho río, y por el nombre del capitán que le descubrió se llamó el río de Orellana.</i>	
Gaspar de Carvajal	499
VI. <i>Segunda parte de la Historia General, llamada Índica, la cual por mandato del excelentísimo señor don Francisco de Toledo, virrey, gobernador y capitán general de los reinos del Perú y mayordomo de la Casa Real de Castilla compuso el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa</i>	
Pedro Sarmiento de Gamboa	563
VII. <i>Relación del descubrimiento del estrecho de Anián, que hice yo, el capitán Lorenzo Ferrer Maldonado, el año 1588, en la cual está la orden de la navegación y la disposición del sitio y el modo de fortalecerlo, y así mismo las utilidades de esta navegación, y los daños que de no hacerla se siguen</i>	
Lorenzo Ferrer Maldonado	735
VIII. <i>Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada</i>	
Juan Rodríguez Freyle.	757

IX. Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales	
Gregorio García	1035
X. Ophir de las Indias. Memorias antiguas historiales y políticas del Perú	
Fernando de Montesinos	1363
XI. La ciudad de los Césares	
<i>Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares por el Tandil y el Volcán, rumbo de Sudoeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios peguenches</i>	
Silvestre Antonio de Rojas.	1563
<i>Carta del padre jesuita José Cardiel, escrita al señor gobernador y capitán general de Buenos Aires sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas, en lo que toca a los Césares (11 de agosto de 1746)</i>	
José Cardiel	1567
<i>De una carta del P. Pedro Lozano al P. Juan de Alzola, sobre los Césares, que dicen están poblados en el estrecho de Magallanes</i>	
Pedro Lozano..	1577
<i>Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada, por el P. Tomás Falkner, jesuita (1760)</i>	
Tomás Falkner.	1580
<i>Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles que hay entre los indios, al sur de Valdivia, e incógnita hasta el presente. Por el capitán D. Ignacio Pinuer (1774)</i>	
Ignacio Pinuer.	1586
<i>Copia de la carta escrita por D. Agustín de Jáuregui, presidente de Chile, al Excmo. Sr. Virrey del Perú (1774).</i>	
Agustín de Jáuregui.	1598
<i>Declaración del capitán Fermín Villagrán sobre la Ciudad de los Césares (1781)</i>	
Fermín Villagrán.	1603
<i>Informe y dictamen del fiscal de Chile sobre las ciudades de los Césares y los arbitrios que se deberían emplear para descubrirlas (1782)</i>	
Joaquín Antonio Pérez de Uriondo.	1605

INTRODUCCIÓN

Los mitos y las fantasías del mundo clásico y medieval, incluso otros de nueva creación, encontraron un campo abonado en América. Desde los primeros tiempos de la presencia española no tardó en generarse un mundo maravilloso en que desde la naturaleza hasta los seres humanos encontraron una cabida en el espacio de las fantasías de los europeos. No en vano, el viaje a lo desconocido iba unido a la creación de un mundo peculiar en el que se traspasaba la supuesta normalidad, apareciendo en el panorama monstruos, ciudades fantásticas, riquezas por doquier, una geografía maravillosa...; es decir, todo aquello que alimentase lo mítico y que provocase una sensación de novedad en la limitada vida del común de los hombres del Viejo Continente.

Fueron muchos los cronistas americanos que en mayor o menor medida se dejaron seducir por las fantasías. Ni siquiera los que optaron por un mayor racionalismo pudieron evitar la aceptación de determinados hechos que poco tenían de reales. Entre esos autores, no muy proclives a dejarse seducir por lo maravilloso e irreal, encontramos también ejemplos de cómo sucumbieron en mayor o menor medida a esa tendencia, como lo hizo Gonzalo Fernández de Oviedo, cuya obra se ha considerado como el primer bestiario de América, herencia de los bestiarios medievales, plagados de seres fantásticos.

Presentamos ahora, por tanto, algunos de los ejemplos que hemos considerado como de los más relevantes sobre las fantasías americanas, aunque podrían ser otros muchos. Casi nadie escapó al proceso, ya que pocos pudieron apreciar, como lo haría el filósofo Spinoza en una de sus cartas, que las fantasías solo existían en la imaginación y, por tanto, solo podían considerarse como sueños.

La Península Ibérica era un campo abonado para aquel desarrollo de lo fantástico, por su posición en el extremo del Mediterráneo. Allí se mezclaban todas las tradiciones que procedían de las dos orillas del mismo, de las expediciones pioneras por África y Asia y del norte y cen-

tro de Europa. España y Portugal habían sido hasta el siglo xv el *Finis Terrae*, frente a un enigmático Atlántico sobre el que, desde el Mundo Antiguo, se había especulado con historias fantásticas que tenían su punto clave en la existencia de la Atlántida o de otras islas, consideradas a veces como restos del desaparecido continente, de las que llegaban noticias maravillosas. No es de extrañar que tanto en los reinos ibéricos, como también en el resto de Europa, proliferasen las leyendas, que excitaban la credulidad de unos oyentes que en muchas ocasiones raramente conocían poco más allá del espacio de su lugar de origen. Las invenciones y las exageraciones proporcionaban entonces al hombre una manera de contactar con otros mundos que por lejanos y ajenos acababan por convertirse en maravillosos, pero también en reales.

El libro de viajes medieval había servido para certificar al lector una realidad, con frecuencia inexistente o exagerada, como había sucedido con la obra de Marco Polo, sin olvidar los viajes ficticios como en el *Libro de las Maravillas* de Mandeville (1357) o el *Libro del conocimiento de todos los reinos del mundo*. Todas aquellas fantasías, además, se servirían de uno de los inventos que caracterizan el nacimiento de la Edad Moderna: la imprenta, que ayudó a alimentar más todo ese mundo fantástico. De hecho, muchos de los acontecimientos y seres supuestamente maravillosos iban a ser promocionados por los editores europeos, que con frecuencia impusieron una alteración de la realidad como medio de hacer atrayentes las obras que publicaban y de suscitar la atracción por lo desconocido, especialmente si tales obras iban ilustradas. Los hombres y los seres monstruosos, las empresas, la geografía misteriosa, etc. se pusieron al alcance de muchos europeos, especialmente esta última, plagada a lo largo de la Edad Media de lugares y seres fantásticos, que se resistieron a desaparecer y que no fueron ignorados en las Indias, como se aprecia en el mapa de Juan de la Cosa.

Aquel deseo por conocer otros mundos y otras realidades, sobre todo si estas se desarrollaban en el ámbito de lo fantástico, favoreció la eclosión de los informes y las crónicas, en las que los editores y recopiladores italianos encontraron un buen filón para propagar todo lo que tenía que ver con las tierras que españoles, portugueses y otras potencias iban

descubriendo. El mejor ejemplo de ello, al margen de las primeras ediciones sobre la obra de Mártir de Anglería, sería la recopilación de Giovanni Battista Ramusio en su voluminoso trabajo *Delle Navigazioni e Viaggi*, publicada a mediados del siglo xvi. Lo cierto es que las descripciones de los territorios españoles en América y Asia encontró desde muy pronto cronistas que, aun con las invenciones pertinentes, pretendían dar a sus relatos una apariencia de verdad, a veces ratificada por el mantenimiento de un orden cronológico estricto. Es más, algunas de esas crónicas e informes corresponden a viajes que ni siquiera se hicieron, que en sí mismos fueron una fantasía alimentada por lecturas e informaciones que sirvieron para darles una apariencia de verdad, como las obras que aquí presentamos del viaje por África y las Antillas de Alejandro Geraldini o el viaje al estrecho de Anián de Lorenzo Ferrer Maldonado.

También es cierto que no tardó en imponerse una lucha entre la fantasía y la realidad. La experiencia iba demostrando que muchas de aquellas creencias, de las que tanto gustaban algunos autores, no tenían cabida en América; sin embargo, siempre hubo gentes proclives a creerlas, a distanciarlas en el espacio y a ubicarlas en los lugares más inaccesibles. Con frecuencia eran producto de informaciones a las que los autores daban veracidad, aunque ellos no las hubiesen visto, pero les habían sido relatadas por personas de toda credibilidad. Otras, sin embargo, se presentaban como producto de la experiencia de quien escribía. En ocasiones no se pretendía mentir o falsear la realidad, simplemente se reflejaba lo que sin existir se había creído ver o se había supuesto que debía ser real. Así, desde Colón, proliferaron las visiones de seres fantásticos, de espacios maravillosos, de supuestos lugares plagados de riquezas. Lo cierto es que la terca realidad no hizo renunciar del todo a las viejas creencias de un mundo que se presentaba como una tierra de promisión, a la que solo las dificultades y la perseverancia podían permitir acceder. Por todo ello, en este volumen hemos escogido relatos que van desde el momento de los viajes colombinos hasta casi los momentos de la Independencia, lo que prueba que ni siquiera el movimiento ilustrado del siglo xviii logró acabar con todo aquel proceso de creencias en lo maravilloso.

Para un europeo era lógico que todo aquel espacio de fantasías tuviera mucho que ver con las tradiciones bíblica y clásica, tamizadas con frecuencia, como ya mencionamos, por los relatos medievales. Parece como si hubiese una profunda necesidad de vincular las Indias con el Viejo Mundo e incardinarlas en un mismo proceso cultural. ¿Cómo era posible que el libro sagrado de los cristianos hubiese ignorado aquel espacio y a aquellas gentes? De alguna manera había que probar que aquello no era así e, incluso, autores de la talla de Benito Arias Montano se vieron en la necesidad de justificar que la Biblia no había pasado por alto a las Indias Occidentales. Por tanto, lo mismo la Sagrada Escritura que los autores grecolatinos se convirtieron en integradores y garantes de un proceso fantástico, al que recurrieron varios de los cronistas que aquí vamos a tratar. No es de extrañar, en consecuencia, que las citas clásicas y bíblicas abundan por doquier entre estos escritores.

La geografía bíblica había entrado de lleno en el imaginario medieval, heredado por los primeros europeos de América. Por tanto, era una geografía que, como la clásica, se había elaborado en el entorno del Mediterráneo, aunque por razones obvias muchos lugares superaban aquel espacio, como el inalcanzable Paraíso Terrenal, del que Colón creyó estar cerca, verdadero símbolo de la geografía del medioevo, en que lo real y lo fantástico se mezclaban y formaban una unidad, que ya nos describía san Isidoro. Lo mismo sucedía con Tharsis y Ophir. Aunque es cierto que ya al final de la Edad Media se había producido un intento de generar una geografía más racional, recuperando a Ptolomeo, aunque sin desterrar las tradiciones más puramente medievales, como lo había hecho Pierre d'Ailly, en su obra, *Ymago Mundi*, editada en Lovaina hacia 1480, era una de las que Colón poseía.

Uno de los ejemplos más claros de mito geográfico medieval en América, sin olvidar las islas fantásticas, fue el de las Siete Ciudades, que nosotros presentamos en la obra de fray Marcos de Niza. El mito tenía su origen en la Península Ibérica medieval, cuando supuestamente varios obispos cristianos huyeron de los musulmanes para fundar siete ciudades, que pasarían a convertirse en ciudades de oro y que en principio, como otros mitos y fantasías, tuvieron su ubicación en una isla,

aunque en este caso el mito se iría desplazando al continente, donde lo buscó fray Marcos de Niza, después de las noticias aportadas tras el viaje de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus tres compañeros, salvados del desastre de la expedición de Pánfilo de Narváez, en aquel viaje iniciado en 1527.

Las islas siempre fueron los lugares ideales para las fantasías. No en vano las grandes utopías de la época se desarrollaron en ellas. La insularidad favorecía el lugar aislado, alejado de las influencias externas, que permitía la pervivencia de las tradiciones y delimitaba el espacio. Islas fantásticas encontramos en la obra de varios de nuestros autores como Colón, Geraldini, Pigafetta o Sarmiento de Gamboa, incluso la mítica ciudad de los Césares fue situada por algunos en una isla lacustre.

También es cierto que la tendencia medieval era la de ubicar el mundo de las fantasías, de manera muy especial, hacia Oriente. Precisamente la aparición de América provocaría una alteración en ese sentido y muchos mitos y fantasías cruzaron el Atlántico para asentarse en aquellos lugares, como el mencionado Paraíso Terrenal, las amazonas o toda una serie de monstruos y seres híbridos que desde el mundo clásico habían poblado la imaginación de los europeos, lo que se mantendría en el Renacimiento con aquella revalorización de los clásicos, en que Plinio el Viejo y su *Historia natural* se convirtieron en un modelo de descripciones. Y cuando la realidad negaba aquellas creencias, estas se iban trasladando hacia los lugares de más difícil penetración, fuesen estos el Amazonas, las tierras del Norte de la Nueva España o las de la Patagonia. Lo cierto es que, con frecuencia, la búsqueda de un mundo fantástico serviría para avanzar en el territorio americano, porque esos lugares y esos seres y espacios maravillosos permanecían siempre alejados «más allá». La consecuencia de su búsqueda era casi siempre el fracaso de su hallazgo, pero no la pérdida de la esperanza, como nos relata Rodríguez Freyle respecto de El Dorado. El conquistador y el explorador se veían así avocados a movilizarse por paisajes extraordinarios, supuestamente entre gentes y animales extraños y con frecuencia peligrosos, en la búsqueda de una tierra de promisión donde la riqueza, la eterna juventud, o cualquier otro tipo de gloria premiasen el esfuerzo,

como el de un actor de novela de caballería. De alguna manera los españoles habían emulado a aquellos fabulosos personajes que con frecuencia se enfrentaban a seres fantásticos; si bien en los héroes americanos, emuladores de los caballeros aventureros, faltaron casi siempre las hermosas damas que había que rescatar.

Todo esto no quiere decir que no surgiesen algunas voces críticas frente a aquellas fantasías, como muy pronto lo fue la de Gómara cuando decía: «¿Qué digo yo, pues aún no han visto las amazonas, ni el oro, ni a Leuchen Golma, ni la isla de Salomón...?». Pero lo que pensase algún autor no era motivo suficiente para detener las búsquedas, sobre todo cuando estas prometían unas riquezas que a la mayoría le estaban vedadas. Incluso las fantasías tuvieron a veces fines prácticos, no solo por lo que supusieron de movilidad en su búsqueda, sino porque incluso llegaron a ser utilizadas para controlar a una población de origen europeo, que con frecuencia presentaba problemas de adaptación al nuevo medio. Recordemos en este sentido como el viaje de Álvaro de Mendaña en busca de las islas de Salomón sirvió para limpiar la ciudad de Lima de vagos y maleantes, a los que se ofreció la oportunidad de embarcarse.

La justificación de aquellos lugares maravillosos llegó a encontrar un buen aliado en el humanismo filológico de la época. Recordemos que el mencionado Gómara creyó en la existencia de la Atlántida, como lo creería entre nuestros autores Sarmiento de Gamboa, fundamentándolo, entre otras cosas, en la palabra náhuatl *atl*, que significa ‘agua’. No olvidemos en este sentido la relación que también estableció Arias Montano entre Ophir y Perú, que recogerían entre nuestros autores Gregorio García o Fernando Montesinos, aunque la idea ya pululaba desde los primeros tiempos, en la medida en que el género humano tenía por obligación que ser descendiente de Noé. Precisamente Arias Montano, lo mismo que Montesinos, nos hará toda una serie de elucubraciones lingüísticas para relacionar la Biblia con el Nuevo Mundo.

Entre las fantasías no podían faltar los monstruos, que proliferaron en América en sus diferentes versiones, puesto que la tradición marcaba que las riquezas se acumulaban en lugares inaccesibles y protegidos

por seres peligrosos, como lo estaba para los clásicos el tesoro de Apolo, o como ya Colón nos lo manifiesta en esta relación de su tercer viaje. Pero el monstruo no tenía por qué ser un ser horrible, sino simplemente aquel cuyas características eran diferentes a las de su especie, lo que incluiría en la monstruosidad a los antropófagos o a los gigantes, entre los humanos; o a animales como el bisonte o la llama, en la medida en que eran comparados con lo conocido del Viejo Mundo. Para algunos europeos América fue un *locus* de la monstruosidad, incluso ya Cristóbal Colón nos relataba tras su primer viaje que allí se encontraban algunos seres de los que aparecían en las obras de los clásicos, como en la del mencionado Plinio el Viejo. Así, fueron varios autores los que mencionaron a los hombres de un ojo o los de hocico de perro, a los hombres con cola, etc., todos ellos expuestos en la obra de Gregorio García, incluida en este volumen, aunque también en otras. Valga el ejemplo de fray Francisco de Escobar, que mencionaba la existencia en California de hombres de grandes orejas, u otros que vivían bajo el agua, los que dormían sobre un pie o los que solo se alimentaban de olores. Pero cuando iban fracasando las visiones de tales seres, acabaron por prevalecer como monstruos aquellos que se identificaron con los antropófagos. Hasta tal punto la monstruosidad era relevante, que se escribieron obras como la del médico limeño José de Revilla Bonet y Pueyo, *Desvíos de la naturaleza*, publicado en Lima en 1695.

Con los animales y seres híbridos se plantearía un problema. Se quisieron ver arpías, grifos, sátiros, sirenas, etc., pero la experiencia los iba desterrando, no sin dificultades. Sin embargo, faltaban los grandes mamíferos que ya se conocían de África y Asia, y que desde un principio quisieron encontrarse en América. Colón en las Antillas no pudo hallar ninguno, puesto que no existían. Los que se encontraron en el continente tampoco respondían a las dimensiones y fiereza de los conocidos. Aun así, no faltó quien apoyase su existencia. Interesante en este sentido es lo que sobre el Río de la Plata relataba Martín del Barco Centenera en su *Argentina*, publicada en Lisboa en 1602, al decir que allí existían «animales y fieras tan bravas, aves tan diferentes, víboras y serpientes, que han tenido con hombres conflicto y pelea, peces de humana forma, y cosas tan

exquisitas, que dejan en éxtasis a los ánimos de los que con alguna atención las consideran». En las obras que reproducimos tenemos un buen ejemplo en la de Montesinos, que nos relata la probabilidad de la existencia de elefantes, que probablemente algún día serían encontrados. Solo las serpientes iban a responder a aquellas expectativas, y sobre ellas se elaboró también un mundo de fantasías, como las que el mismo Montesinos nos cuenta que vigilaban las esmeraldas de Somondoco.

Más críticos parecen haber sido los españoles con las metamorfosis. Este fenómeno, muy frecuente en muchas culturas, como algunas de las que nos relata Geraldini de África, tampoco faltó en América, en buena medida porque en muchos de sus mitos de origen estaban recogidas. Ya Mártir de Anglería había mencionado alguna de ellas, denominándola como «galano disparate», mientras que entre los autores que reproducimos será García quien se exprese diciendo que en América no eran necesarios ni un Esopo ni un Ovidio «para urdir tan lindas fábulas y mentiras».

Tampoco podía faltar la presencia del demonio, que ayudaría a explicar la idolatría y los vicios de aquellas gentes, como lo harían, entre otros, fray Andrés de Olmos, Muñoz Camargo o fray Diego Valadés y, entre nuestros autores, Rodríguez Freyle, Montesinos e, incluso, en el siglo XVIII José Cardiel. Fue frecuente el mezclar las creencias prehispánicas con la acción del demonio, tremendamente activo en muchas ocasiones y como se pone de manifiesto en los escritos sobre las capacunas incas que presentamos, tanto de Sarmiento como de Montesinos. Obviamente, presentar un continente dominado por el demonio justificaba la intervención de los españoles no solo en el campo misional, sino en el del conquistador como *miles* o *equites Christi*.

En todo aquel mundo nuevo no podían faltar las figuras femeninas, tales como las sirenas, y especialmente las amazonas. A estas últimas, la Edad Media las había importado del mundo clásico mediterráneo y las hizo moverse por diferentes lugares del orbe; de ahí que Geraldini las mencione en África. Colón fue el primero en traspasar el mito a las Indias, al hablar de su existencia en la isla de Matinínó, donde se mezclaban con los caribes, noticia que precisamente retomará Pedro Mártir

de Anglería¹. A partir de ahí aquellas mujeres míticas fueron desplazándose por todo el continente. Grijalva creía haberlas visto en Yucatán en 1518. Cortés, que no era precisamente un amante del exotismo, recibió noticias de ellas en la costa occidental de México. Diego de Almagro tuvo noticias incluso de su reina Guanomilla. Pero, sin duda, las descripciones más llamativas las hizo nuestro autor, fray Gaspar de Carvajal, en la obra que presentamos, aunque ya para entonces cronistas como Fernández de Oviedo o Gómara hubiesen negado su existencia. Curiosamente fray Gaspar vio algunas y nos relata como era su reino en aquel río al que dieron nombre. Es uno de los pocos casos en que tenemos un ejemplo de autor que ha entrado en contacto con el mito y que no lo conoce solo por testimonios de terceros.

Es evidente que no fueron estas las únicas fantasías. No olvidemos los milenarismos que también calaron en algunos ambientes, sobre todo relacionados con los franciscanos, pero a los que no fue ajeno ni el mismo Colón, que se creyó capaz de entender el sentido oculto de la Sagrada Escritura, pues de alguna forma se consideró como un enviado de Dios, lo que ha hecho pensar a algunos autores que ello explicaría que desde 1502 firmase como *Christo ferens*. Esto, como en el caso de los franciscanos, ha hecho ver en el Almirante una influencia joaquinita, especialmente en su *Libro de las profecías*, aunque otros autores como Milhou dudan de esas influencias². Lo cierto es que Colón menciona al monje medieval en su *Libro de las profecías* y nos dice: «El abad Joachín, calabrés, diso que había de salir de España quien havía de redificar la casa del monte Sión³». No olvidemos que cuando realiza el viaje que aquí transcribimos uno de los motivos era obtener riquezas para con ellas favorecer la conquista de Jerusalén.

En la presente obra hemos recogido los ejemplos de crónicas e informes que hacen alusión a fantasías y mitos, como las que hemos mencionado, aunque también a otras. Ninguno de nuestros autores fue cro-

1 *Décadas*, I, c. II.

2 C. Colón, *Libro de las profecías*; A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica*, pp. 206-209.

3 C. Colón, *Libro de las profecías*... III.

nista oficial, aunque tampoco en aquellos faltaron las fantasías americanas, como puede apreciarse en Antonio de Herrera o en Pedro de Valencia. La variedad de informantes y de épocas en la selección non indica que la fantasía no estuvo limitada a unos autores crédulos y de escasos conocimientos, sino que alcanzó incluso a intelectuales que, como en el caso de García o de Montesinos, las justificaron a través de todo un recurso a citas de autores cristianos, clásicos o de gran relevancia en su tiempo. Incluso los jesuitas del siglo XVIII tampoco fueron ajenos a todo aquel proceso, como lo podemos apreciar en los informes sobre la ciudad de los Césares. Nuestros autores van desde el propio descubridor a oficiales del ejército y burócratas, pasando por un obispo, religiosos, marineros, etc.

La obra de Colón, relativa a su tercer viaje, nos pone en contacto con el Paraíso Terrenal, en cuyas proximidades creyó encontrarse, en la desembocadura del Orinoco, y donde ya plantea un antecedente de lo que sería El Dorado. Todo ello adobado con una geografía maravillosa, como el aspecto tectiforme de la Tierra.

El *Itinerario* de Geraldini es en sí misma la fantasía de un viaje inventado por el autor, utilizando fuentes portuguesas para describirnos un mundo irreal en África, cuando hacía su viaje hacia América. Las fantasías africanas que nos relata son de todo tipo, dentro de unas descripciones que con frecuencia superan toda realidad. La parte de su viaje en las Antillas es más realista, aunque no deja de sustraerse a exageraciones sobre los indios caribes antropófagos e incluso sobre monstruos que no se dejan ver en La Española. Pigafetta recogerá la idea de los gigantes de la Patagonia, pero a ello se añaden otras fantasías del mundo oriental, como el ave Roc, entre otras muchas. El informe de fray Marcos de Niza se centrará en el mito movable de las Siete Ciudades, que se buscarían con intensidad en el Norte de la Nueva España. Fray Gaspar de Carvajal, en su periplo por el Amazonas, nos relatará las noticias que existían sobre estas mujeres, a las que, como dijimos, él mismo creyó ver. Sarmiento de Gamboa, que había estado implicado en el descubrimiento de las islas de Salomón y que mantenía su creencia en la Terra Australis, nos relatará ahora sus justificaciones sobre la existencia de la Atlántida, amén de ofrecernos una de las capacunas más interesan-

tes sobre los incas, con todas las fantasías que ello implicaba y que podemos comparar con la que también nos ofrece Montesinos, como ejemplo de una distinta visión sobre el mismo aspecto. La fantasía de Lorenzo Ferrer Maldonado es un hipotético viaje por el mítico estrecho de Aníán. Rodríguez Freyle, cuya obra no podemos considerar como una fantasía, la incluimos porque nos relata con gran precisión todo lo que supuso el origen del mito de El Dorado. Fray Gregorio García plantea en su obra todas las disquisiciones sobre los orígenes del hombre americano con unos planteamientos escolásticos. Fernando de Montesinos hace su defensa de la identificación del Perú con Ophir. Por último, para la mítica ciudad de los Césares, hemos recogido los informes del siglo XVIII que publicó De Angelis en la centuria siguiente, como prueba de que las fantasías fueron más allá de los primeros tiempos e incluso resistieron los embates del siglo ilustrado.

Casi todas estas fantasías tendieron a peregrinar por la geografía americana. La realidad obligaba, sin duda, a movilizar la existencia de las mismas en la medida en que se iban explorando los territorios. Un buen ejemplo lo tenemos en El Dorado o en la mítica ciudad de los Césares.

Como hemos dicho, todas estas crónicas e informes recogen otras muchas fantasías del mundo americano, como el Paititi, la fuente de la Eterna Juventud, la presencia de los apóstoles, etc. Todo un mundo de maravillas, que casi siempre se aceptaron como realidades que se intentaron probar y justificar por medio de la Biblia, los autores clásicos u otras autoridades, que permitían establecer unos fundamentos de probanza.

Hemos de decir, además, que ninguna de estas obras es en sí misma una simple fantasía, por lo que más que crónicas fantásticas podríamos hablar de fantasías en las crónicas. Hasta los viajes que no se realizaron, como los de Geraldini y Ferrer Maldonado, tienen sus visos de autenticidad. Pero, incluso, cuando el europeo se enfrentaba a aquel Nuevo Mundo, es muy probable que no fuese consciente de la inexistencia de aquellas creencias fabulosas, porque en realidad muchos estaban viendo lo que se suponía que tenían que ver, ya que la realidad se vio sometida con frecuencia al poder de la imaginación.

LOS AUTORES Y SUS OBRAS

I. CRISTÓBAL COLÓN

VIDA

Es evidente que es mucho lo que se ha escrito sobre el descubridor de América. Desde el momento en que nació hasta su muerte, cada uno de los pasajes de su vida y de su obra han sido objeto de discusión y de controversia. Defensores, detractores, localistas, regionalistas, etc. y literatos e investigadores de casi todas las tendencias historiográficas han puesto los ojos sobre este hombre que, querámoslo o no, marca un antes y un después en la historia de la humanidad. No es ahora el momento de entrar en la polémica y ni siquiera vamos a extendernos demasiado en su biografía por lo conocido del personaje. Pasaremos por ella de una forma muy rápida, tratando de evitar en lo posible todas las elucubraciones que se han planteado⁴.

Ya su lugar de nacimiento se plantea como polémico y ha dado lugar a las más variadas y vistosas teorías. Por lo general se acepta que vino al mundo en la república de Génova. Sea esto cierto o no, lo que pensamos que plantea pocas dudas es que fuera italiano; de hecho, algunos hombres de ese origen que le conocieron en la corte de los Reyes Católicos, como los Geraldini, no plantearon ningún problema sobre ello y le consideraron un compatriota, cuyo año de nacimiento había sido el de 1451.

Los primeros 25 años de su vida nos son bastante desconocidos, aunque se supone que actuó como comerciante y como navegante por diferentes lugares del Mediterráneo y el Atlántico, lo que le puso en contacto con el mundo comercial y el marítimo del momento, motivo por el que no tienen nada de extraño su manejo y conocimiento de la cartografía. Es a partir de 1476 cuando los datos que tenemos comienzan a ser más concretos, coincidiendo con el momento en que, tras un

4 Hemos utilizado esencialmente las obras de Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*. Jun Gil, *Colombiana*. Luis Arranz Márquez, *Cristóbal Colón*.

nafragio que sufrió frente a las costas del Algarbe, se instalaría en los territorios de la corona portuguesa, primero en Lagos y luego en Lisboa, donde trabajó dibujando mapas junto a su hermano Bartolomé y, posteriormente, navegando como socio comanditario de los Centurione en el comercio de azúcar.

En la ciudad de Lisboa se casaría con Felipa Moniz hacia 1480, con la que pasaría a residir en Porto Santo, en las islas de Madeira, y con la que tuvo a su primogénito, Diego. Aquel matrimonio le abrió a Colón las puertas de la aristocracia marítima portuguesa y el acceso a noticias y documentos, que le permitirían gestar de manera definitiva su proyecto de navegar a Oriente por Occidente, pues entraba de lleno en el ambiente marítimo de efervescencia viajera de los portugueses de aquel momento por las costas de África. En Portugal parece que conoció el mapa de Toscanelli, que pudo ser el motivo por el que pensó plantearse aquella navegación, aunque recurrió a unas medidas erróneas que le llevaron a pensar que Europa y Asia estaban mucho más cerca entre sí de lo que demostró la realidad, quizá porque utilizó las distancias de Pierre de Ailly, en que el navegante confundió las millas árabes que daba aquel autor con las italianas.

En los primeros años de la década de los ochenta del siglo xv ofreció su proyecto de navegar a Oriente por Occidente al rey de Portugal, que no estuvo dispuesto a aceptarlo. Pasó en 1485 a Castilla con su hijo Diego, dejando en Lisboa a su esposa, a la que no volvería a ver. Comenzó entonces el periplo español, sobre el que no podemos entrar en detalles, en que vinculó su vida a la cordobesa Beatriz Enríquez de Arana, con la que tuvo un hijo, Hernando. La proposición de su proyecto a los Reyes Católicos se siguió de una serie de informes negativos, aunque la Reina no le quitó sus esperanzas. Por fin, tras numerosas gestiones suyas y de sus protectores en la corte, se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, el 30 de abril de 1492. Dichas capitulaciones consistieron esencialmente en la concesión del título de virrey de las tierras que descubriese; el título hereditario de almirante; el derecho al décimo de las riquezas que se obtuviesen, así como el de invertir un octavo en los gastos de las expediciones y recibir un equivalente de los beneficios; in-

cluso podía ser parte en los problemas que se generasen por los beneficios de las Indias. Con el paso del tiempo, el incumplimiento de estas capitulaciones por la Corona daría lugar a los llamados pleitos colombinos, entablados por su hijo Diego.

Después de firmadas las capitulaciones de Santa Fe y tras vencer algunas dificultades para organizar el primer viaje desde Palos de la Frontera, las naves salieron el 3 de agosto de 1492 y Colón regresaría por Lisboa el 4 de marzo de 1493, desde donde continuó a Palos y de allí a Barcelona para ser recibido por los Reyes. En aquel viaje se tocó por primera vez tierra americana el 12 de octubre de 1492, en la isla de Guanahani o San Salvador. Organizó el segundo viaje, que tuvo un carácter más colonizador y que partió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493 con siete navíos, regresando el 11 de junio de 1496. El tercer viaje, que es el que aquí nos interesa de una manera especial, salió de Sanlúcar en mayo de 1498 y regresó en octubre de 1500. El cuarto y último viaje que realizó salió de Cádiz el 11 de mayo de 1502 y regresó a Sanlúcar el 7 de noviembre de 1504, siendo uno de los fines del mismo buscar un paso hacia Oriente. En esta última expedición, después de haber quedado demostrada la incapacidad del Almirante para los asuntos indios, iba como gobernador de La Española Nicolás de Ovando. Colón tenía la prohibición expresa de entrar en la isla a la ida; llegó así hasta el cabo de Honduras y bordeó la costa hasta Panamá, donde tuvo noticias del oro de Veragua. Después de un periplo por las Caimán y Jamaica, en que tuvieron que ser rescatados, tras pasar por Santo Domingo, llegaba a Sanlúcar de Barrameda en la fecha mencionada. Era ese su último viaje a las tierras americanas.

En todo este tiempo de los viajes colombinos la base de los españoles se había establecido en la isla de Santo Domingo, donde su hermano Bartolomé fundaría la primera ciudad europea de América, el 5 de agosto de 1496, con el nombre de *Nueva Isabela*. Aquellas fueron sobre todo expediciones que se centraron en las islas del Caribe. Hubo que esperar al tercer viaje, que es el que nos ocupa, para que por primera vez se tocara el continente, aunque se especula que Colón pudo haberlo hecho ya con anterioridad.

En el segundo viaje ya surgieron problemas con su persona. De hecho, al llegar se encontró destruido el fuerte de Isabela, fundado durante la primera expedición, y a los españoles muertos. Las actividades delictivas y de protesta de los colonos que había llevado supusieron una queja a la corte de Juan Boil y Margarit. Desde España se mandó entonces como pesquisidor a Juan Aguado, lo que no le pareció bien al descubridor, que consideró que se estaban vulnerando sus prerrogativas.

Debido a aquella situación había regresado a España en marzo de 1496, dejando el gobierno en manos de su hermano Bartolomé y con la intención de presentar una imagen convincente ante los Reyes, que le concedieron toda una serie de privilegios, por uno de los cuales se le permitió establecer un mayorazgo el 22 de febrero de 1498; precisamente en esa misma fecha reconoce su origen genovés y decide conceder parte de las rentas que le corresponden en las Indias a la toma de Jerusalén; amén de esto, se le ratificaron sus títulos y preeminencias del primer viaje. Los Reyes, además, le permitieron realizar su tercer viaje, al que se refiere el escrito que presentamos. Durante este tiempo previo al viaje fue cuando entró en contacto en Sevilla con el cartujo italiano Gaspar Gorricio, que colaboró con Colón en su futuro *Libro de las profecías*.

El 30 de mayo de 1498 salía de Sanlúcar de Barrameda en una expedición que había planteado algunos problemas. Las malas noticias que habían circulado sobre su segundo viaje y que se rumoreaban en la Península contribuyeron a dar una mala imagen de lo que sucedía en los territorios descubiertos, y con ello a la falta de voluntarios para enrolarse en aquella expedición, que ayudaron a financiar los monarcas, aun a pesar de no tener ya demasiadas simpatías hacia el Almirante. Este estaba previsto que debía transportar a 330 personas, pero por lo dicho, al final solo se enrolaron 226, incluso a pesar de permitir el traslado de deportados y de presos, a los que se les prometió el indulto. Desconocemos en qué medida afectó esto último, que ha dado lugar a muchas especulaciones, pero lo que sí se sabe es que solo nos constan 10 personas calificadas como homicidas.

De las ocho naves que componían la expedición había mandado por delante a dos de ellas, que habían salido el 6 de febrero de Cádiz.

Transportaban a gente armada, que debía auxiliar a su hermano Bartolomé, así como capturar esclavos para las explotaciones auríferas y también para venderlos en Europa.

Cuando el grueso de la expedición, en la que iba el propio Colón, llegó a La Española, se encontró con la sublevación protagonizada por el alcalde mayor Francisco Roldán. El motivo de la misma era el poder despótico con que habían actuado Bartolomé y Diego Colón. Cuando una de las dos naves llegó a la isla se supo que los Reyes habían ratificado a Colón sus privilegios, frente a lo que pensaban los sublevados. El Almirante llegaría a finales de agosto de 1498, después de narrar lo que aquí reproducimos, y se encontró aquel panorama. Quiso negociar, pero Roldán exigió la libertad de los esclavos con los que se iba a comerciar en España y la liberación de los caciques capturados. Colón pretendió entonces actuar por la fuerza, pero se encontró sin apoyos reales y tuvo que negociar con Roldán unas capitulaciones firmadas en 16 de noviembre de 1498. Según las mismas, debía entregar a los rebeldes dos barcos para poder volver a España con sus familias; se les pagarían los sueldos atrasados; se les expedirían certificados de buena conducta, y se les regalarían algunos esclavos. Las naves no se les enviaron hasta abril, y en mal estado, por lo que los amotinados decidieron no emprender el viaje. Volvió Colón a negociar con ellos, pero siempre comunicando a la corte lo que sucedía y ocultando a los sublevados sus verdaderas intenciones. Llegaba entonces la noticia del obispo Fonseca, poco proclive a Colón, por la que se mandaba un juez pesquisidor para que tomase cartas en el asunto. Ello le obligaría a negociar de nuevo con Roldán, accediendo a que regresaran a España los que quisiesen y a los demás se les darían tierras; el propio Roldán volvería a ser reconocido como alcalde mayor. Todo esto implicaba que Colón había fracasado en su gobierno.

Ante la grave situación de la isla Española, los reyes enviaron en 1500 a Bobadilla, que llegaba el 23 de agosto y que iba con poderes de gobernador. Los Colón le opusieron resistencia, incluso Cristóbal alegó que entre los documentos de que era portador no llevaba ninguno que le revocase de sus cargos. Lo cierto es que el enviado real aprisionó a

los Colón y los envió a la corte en octubre de 1500, lo que hizo que el Almirante le considerase como a un Satanás. Es cierto que los Reyes volvieron a perdonar a Colón sus excesos, pero ya no le reconocieron el título de virrey que le habían dado.

El que los Reyes durante el periodo de este tercer viaje no estaban dispuestos a reconocer el poder de los Colón se manifestó en la concesión de los llamados Viajes Andaluces, lo que el descubridor consideró de nuevo como una intromisión en sus derechos. Los dos primeros tuvieron lugar casi paralelamente en 1499; uno de ellos fue el de Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa; el otro el de Alonso Niño y los Hermanos Guerra. A finales del mismo año se producía el de Vicente Yáñez Pinzón y, en enero de 1500, el de Diego de Lepe; año este último en el que también se abordaron los viajes de Alonso Vélez de Mendoza y Luis Guerra, y por último, en 1501, el de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa.

Cristóbal Colón aún realizaría un último viaje, en que, como vimos, llegaría a las costas de Centroamérica. Después de este, los tiempos siguieron sin ser buenos para él, pues la corona ni siquiera le pagaba lo que le debía de aquel cuarto viaje y, para colmo de males, la Reina moriría el 26 de noviembre de 1504. Al año siguiente viajaría a Segovia, donde se hallaba el Rey, que le recibió, pero que no estaba dispuesto a ratificar sus viejas prebendas y, aunque le pagaron lo que se le debía del cuarto viaje, llegó a recibir presiones para renunciar a sus privilegios. Tuvo una esperanza todavía cuando doña Juana llegó a España el 26 de abril de 1506; pero nuestro hombre ya se hallaba muy enfermo y hacía su testamento en Valladolid el 19 de mayo, en que hizo constar sus quejas por el injustificado trato recibido. Al día siguiente, entregaba su alma a Dios.

LA OBRA

Los escritos de Cristóbal Colón no fueron de los que mejor suerte corrieron en su época. Es cierto que muchos de sus manuscritos fueron

conocidos y publicados en obras de otros autores, casi desde el mismo momento del descubrimiento. Uno de esos autores fue Pedro Mártir de Anglería, que había recibido informaciones de primera mano, lo mismo que el cura de los Palacios, Andrés Bernáldez, que lo pondría de manifiesto en su *Historia de los Reyes Católicos*, aunque esta no sería publicada hasta avanzado el siglo XIX. Igualmente sería relevante lo que también nos contó su hijo Hernando Colón en su *Historia del Almirante*, obra que se escribió entre 1536-1539, pero que no se editaría hasta 1571 en italiano, después de que Antonio de Ulloa hiciese la traducción. Salió de las prensas de Francesco de Franceschi Sanese, en Venecia. En principio la edición debía hacerse también en latín y en español, pero no sucedió así, y para la edición española habría que esperar a la poco acertada de González Barcia, en 1749, mejorada por las que hicieron en España Manuel Serrano y Sanz, en 1932, y, en México, Ramón Iglesia, en 1947. Lo correspondiente al texto que hoy reproducimos corresponde a los capítulos LXV-LXXXVI de la obra de Hernando Colón, dedicados al tercer viaje. Otro gran difusor de la obra de Colón sería Bartolomé de las Casas, que reproduce el texto que aquí hemos incluido y de lo que escribiremos más adelante.

Pero sería a partir del siglo XVIII cuando se desarrolló todo un gran interés por los escritos de Cristóbal Colón, que en España estaría representado por Juan Bautista Muñoz y José Vargas Ponce, recopiladores de un buen número de documentos que se conservan en sus colecciones. La del primero en la Real Academia de la Historia, y la del segundo en el Museo Naval.

El siglo XIX conoció una mayor actividad sobre la obra colombina, que afectó de manera muy especial a Italia y España. En 1823, en Génova, se publicaría el *Códice Diplomático Colombo Americano*. En España Martín Fernández Navarrete publicó la *Colección de los viajes y descubrimientos* entre 1825-1837. También en Italia, con motivo del IV Centenario, se publicó la *Racolta* en 14 volúmenes (1892-1896), todo ello sin olvidar los documentos recogidos en el CODOIN de América.

Esta relación del tercer viaje de Colón que hoy presentamos se dio a la imprenta gracias a la obra de Bartolomé de las Casas, que la inclu-

yó en su *Historia de las Indias*, obra que no se publicaría hasta bien avanzado el siglo XIX, aunque se habían hecho varias copias del manuscrito original, una de ellas en vida de fray Bartolomé, que se conserva en la Real Academia de la Historia. La traslación del tercer viaje de Colón que hizo el dominico parece que no es del todo fiel al Almirante, en lo que a la forma se refiere, pues no hace una copia textual, sino que la adapta a su propia manera de escribir⁵.

Serían el marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón quienes abordaron la edición decimonónica de la obra de Las Casas, en la que se encuentra este tercer viaje. Lo hicieron los editores a partir de un manuscrito tardío del dominico. Los cinco volúmenes de esta edición de la *Historia general de las Indias*, de 1875, serían impresas en los talleres de Miguel Ginesta, de Madrid. Un manuscrito autógrafo comprado por la Biblioteca Nacional y que había pertenecido al Colegio de San Gregorio de Valladolid, serviría para otras ediciones más modernas y, sin duda, para algunas de las más utilizadas en la actualidad sobre Colón, como son las ediciones de Consuelo Varela de los *Textos y documentos completos* (1982) y *Los cuatro viajes. Testamento* (1986), ambas obras publicadas por la editorial Alianza de Madrid y que se han convertido en referentes de los escritos colombinos.

Las Casas incluía el tercer viaje de Colón entre los capítulos CXXX-CLXXXVI de su obra mencionada. También su hijo Hernando Colón, como dijimos, nos dejó relatado este viaje, en concreto lo referente a lo que reproduce nuestro texto, entre los capítulos LXV-LXXIII de su *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*. En cuanto a los relatos del tercer viaje tenemos otros muchos de diferentes cronistas, desde Pedro Mártir de Anglería, que conoció y obtuvo información directa del descubridor, que nos lo da a conocer en la *Década*, I, c. VI, donde se plantea que Colón creyó que la tierra a la que había llegado estaba más cerca del cielo que las demás de aquel paralelo. Otros muchos autores hicieron mención a este tercer viaje colombino, como

5 Puede verse Estelle Irizarry, «Cristóbal Colón, escritor», *Hispania*, 75-4 (1992), pp. 784-794.

por ejemplo López de Gómara en el capítulo XXI de su *Historia general de las Indias*, o Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia Natural*, en el L. III, cc. III-VI.

Lo cierto es que el viaje trata de ser una obra descriptiva en la que no falta ni la reflexión ni la imaginación. En ella se pone de manifiesto la voluntad de Colón de recordar a los Reyes buena parte de sus servicios, a la vez que trata de convencerles de que había encontrado el lugar en cuyas proximidades se hallaba el Paraíso Terrenal. Como casi siempre, seguía empeñado en la búsqueda del reconocimiento de sus méritos ante los monarcas y ante el resto de la cristiandad, quejándose con frecuencia, no siempre sin razón, del poco agradecimiento a sus labores. Es más, en esta obra les recuerda que nunca había oído que los reyes de Castilla hubiesen conseguido tierras fuera de ella, lo cual era decir a los monarcas, en cuanto castellanos, que a él se le debía la expansión fuera de sus fronteras.

La relación de este tercer viaje colombino es uno de los escritos del Almirante que más responde a su espíritu mesiánico. De hecho comienza el escrito considerándose como un mensajero de Dios, pues, como ya nos dijera el académico Juan Gil, no tuvo empacho ni siquiera en compararse con los profetas bíblicos. Aunque esto no era nuevo, es precisamente a partir de este viaje cuando se iba a poner más de manifiesto. Que no tenía nada de novedoso podemos apreciarlo en que ya en el primer viaje mencionaba la conquista de la Casa Santa de Jerusalén con la riqueza de aquellas tierras descubiertas; idea que, por otro lado, no era ajena a la corte de los Reyes Católicos, pues, por ejemplo, Antonio Geraldini había considerado a Fernando V de Aragón como el elegido para liberar los Santos Lugares. Obviamente, Colón es quien primero lo vincularía al Nuevo Mundo, concebido este como medio para conseguir una de las grandes aspiraciones de la cristiandad de la época y su persona la elegida para obtener esos medios. Hasta tal punto el Almirante asimila aquello, que, antes de partir en este su tercer viaje, estableció que una parte de sus ingresos en las Indias deberían ser para recuperar los Santos Lugares; es decir, la riqueza al servicio de la fe, como lo era también su promesa a los Reyes Católicos de entregarles oro a raudales para tal fin.